

N. N.

Por Marina Lassen

Un lunes fresco a la mañana temprano empezaba la obra. El arquitecto los encontró parados en la vereda. Después del fin de semana a todos les costaba vencer la pereza. El capataz comentó algo del último partido. La infaltable rivalidad de los equipos de fútbol. Una vez que el arquitecto abrió el candado del portón les dijo a los cuatro que pasaran. Los albañiles entraron a la penumbra extraña un poco sugestionados. Era un galpón que había estado cerrado por mucho tiempo, el techo tenía filtraciones, los hongos habían pintado en las paredes unas manchas que parecían pinturas expresionistas. El olor a tierra intenso venía del piso y rozaba el límite de la putrefacción. El arquitecto hizo especial hincapié en rescatar todo lo que podía servir, aunque fuese para reciclar, que fueran clasificando todo.

Al principio solo encontraron objetos rotos y materiales deteriorados. Nada útil. Cuando se habituaron a la poca luz que había ahí adentro, vieron que en el fondo había una casilla de chapa, tablonés y listones de madera.

Al mediodía el capataz vio que uno de los muchachos gesticulaba sacudiendo el brazo. Le avisaba que se acercaba el auto del arquitecto. Pepe salió, con los ojos más achinados que nunca, como si viniera de una cueva, y no pudiera acostumbrarse a la luz natural. Por la ventanilla abierta y con el motor en marcha, el arquitecto lo saludó. Observó la postura erguida de Pepe, que se quedó quieto con los brazos cruzados y con los ojos que no dejaban de seguir sus movimientos.

—¿Qué necesitás? —detuvo el motor y abrió la puerta—. ¿Qué pasó?

—Estamos clasificando, patrón, como usted dijo pero...

Flavio desplegó sus piernas largas para salir del auto y se incorporó. Pepe miraba a Flavio hacia arriba. (Alguno de los dos estaba fuera de escala).

Era evidente que había pasado algo serio.

—Dale, Pepe, ¿qué me querés decir?

—¿Con el finado qué hacemos? —preguntó sin más rodeos.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —Levantó la vista y vio que no faltaba ninguno de la cuadrilla.

—No, no se preocupe, nosotros estamos bien. Pero encontramos las cenizas de alguien...

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cómo sabés que es lo que pensás? —Giró su extenso cuerpo hacia el portón, la parte alta de su espalda estaba curvada hacia delante, como si tratara de encogerse un poco para traer la cabeza más abajo—. ¿A ver? Mostrame.

En seguida entraron a la penumbra revuelta. Flavio lo seguía a Pepe que casi corría. El único haz de luz del galpón se colaba por el hueco de una chapa que faltaba. Miles de partículas de polvillo que pendían del aire viciado bailaron en círculos, tras el paso de ellos.

Llegaron a una tarima de madera y Pepe señaló una bolsa de supermercado Rodri, que había cerrado hacía más de veinte años. Estaba apoyada sobre una tarima recién barrida.

—Ahí está —dijo en tono tímido—, estaba colgada de ese clavo, ¿ve? —Señaló un clavo de acero largo en la medianera.

Flavio abrió la bolsa, tomó la caja metálica de color aluminio, con una cruz en relieve. El peso frío lo estremeció. A pesar de su curiosidad el temor o el respeto le impidieron abrir la tapa. Observó todas las caras de la caja y no encontró ni una inscripción. Ni nombre ni fecha.

No era el único impresionado.

Se formó un semicírculo alrededor de la urna funeraria.

Cinco seres rodeaban un objeto que les daba miedo. La muerte, sin duda, era una visita indeseable.

De golpe el silencio fue sepulcral. Hasta que el arquitecto pensó en voz alta:
—¿Qué hago con esto?

Tomó el celular y llamó a su socia.

—Sole, acabo de llegar a la obra y tenemos un problemita... Sí, en el galpón. Viste que en las reformas pueden aparecer sorpresas, ¿no?

Escucharon a Soledad preguntar con una voz que simulaba despreocupación:
—¿Se pinchó un caño? ¿Apareció una viga imprevista?

Cuando Soledad recibió la noticia, le recomendó averiguar entre los vecinos, si alguien sabía de quién podrían ser esas cenizas. El dueño anterior hacía veinticinco años que alquilaba el galpón a los Solís. Aseguró no saber nada de la existencia de semejante cosa.

—Fue un astillero. —En eso coincidían todos.

Los más viejos vecinos recordaban con cariño a los Solís. Pero nadie podía imaginar de quién se trataba. Si lo habían dejado adrede o se lo habían olvidado. Las conjeturas fueron varias. Podía ser la madre del carnicero de la esquina, que era amiga de doña Carmen Solís o el hermano del vecino cuyo fondo linda con el galpón. Pero los exinquilinos habían abandonado el país sin dejar rastros. El vecino de atrás estaba internado con Alzheimer y no tenía parientes. El carnicero dijo que a su madre la tenía él. Las historias posibles se multiplicaban pero nada cerraba.

Flavio dijo finalmente:

—Yo lo llevo a la cana y que se arreglen.

Con la caja metálica como único acompañante, Flavio condujo hasta la comisaría. Tenía la rara sensación de no ir solo. En la comisaría, el arquitecto apoyó lo que traía sobre el mostrador y dijo que quería dejar constancia de lo que había encontrado, hacía dos horas.

Se armó un revuelo.

Un oficial se persignó y abrió la tapa. El contenido, a Flavio le pareció igual que las cenizas de una chimenea. Con algo como ramas quemadas. López martilló las teclas de una máquina de escribir arcaica. Escribió sin errores el nombre completo y el número de documento del arquitecto.

—Dígame caballero, el domicilio donde fue hallado...

—España 1010.

—Ah, ¡no es de nuestra jurisdicción!

—¿Cómo...? —Flavio no cabía en su desconcierto.

—En esa calle, del lado de los números impares es de nuestra incumbencia, del lado de los números pares, no. Diríjase a la comisaría correspondiente a San Fernando.

Harto de no lograr deshacerse del muerto, llegó por fin a la otra comisaría donde se armó el mismo revuelo que en la anterior. Todos los pasos fueron iguales. El caso se caratuló: «Hallazgo de N. N.».

Una noche, Flavio soñó con un hombre pelado y flaco, colgado de un clavo, con la mirada perdida y que decía:

—Sole, por qué me dejaste así.